

## PRESENTACIÓN DE CUENTOS DE OTRO MUNDO, por Ángel Olgoso

Cuando suene la trompeta del Juicio Final -y si voy al cielo barba en ristre-, me gustaría que los entretenimientos prometidos corrieran a cargo de mi amigo José Luis Gärtner. Estoy convencido de que -sea cual sea la divinidad que lleve aquel pintoresco garito celestial- le ofrecerá gustosamente el puesto. Muchísimas gracias, José Luis, por tus ingeniosas, por tus cariñosas, por tus impagables palabras. Bendito seas por haberme proporcionado hoy lo que los franceses llaman pomposamente *un point d'appui*.

Y hablando de deidades, siempre he pensado que las presentaciones literarias son una de esas cosas que Dios, en su sabiduría, hizo pero se olvidó de decirnos por qué. Hasta hace poco, yo odiaba las presentaciones públicas del mismo modo que Darwin confirmó en una carta que odiaba el mar: aborrecía cada ola, una por una. Hasta hace poco me invadían sentimientos que iban del pánico cerval a la más absoluta pereza, y sólo si no había más remedio me arrastraba hacia ellas, temblando considerablemente ante tan tenebrosa perspectiva. Sentado frente a una concurrencia expectante, acudían a mi mente sobrecogedoras imágenes de Acteón siendo despedazado por la jauría de perros de Artemisa. Cerca del colapso, enjugando con un pañuelo mis estribaciones superiores, con la boca abriéndose en estertores agónicos, intentando restablecer el paso del aire a través de mi gáznate, sumergido en lo que Shakespeare denomina un piélago de calamidades, me preguntaba “Muerte, ¿dónde está tu aguijón?”. Se trata, a la sazón, de una de esas experiencias que encanecen temporalmente los cabellos, momentos que ponen a prueba las almas de los tímidos. Espero vivir para ver el día en que las presentaciones de libros estén prohibidas, aunque deba encenderle a diario una docena de velas a san Francisco de Sales, patrón de los escritores.

Como algunos ya sabéis, se me acusa de ser tan buena persona que ni me atrevo a transgredir las leyes de la gramática; de ser más modesto que San Eladio, que jamás miró hacia arriba; y de ser tan callado que, comparada conmigo, la Esfinge parece una charlatana. Lo cierto es que, como todos, unas veces uno es halcón y otras gorrión; unas veces uno se siente como el príncipe Mishkin -el personaje santo de *El Idiota* de Dostoyevski- y otras como Kiriloff -el nihilista de *Los demonios*-. Lo cierto es que soy una persona amable y comprensiva (lamentaría que a los niños del vecino los devorasen los lobos); que incluso en ocasiones puedo pasar por una extraña clase de persona, la candorosa; pero, por desgracia, también se me puede aplicar la frase que dijo Fidel Castro refiriéndose a José Martí: era una catarata de ideas en un arroyo de palabras. Puede que el cielo me diera algunos dones, pero no el de la elocuencia o la extraversión. Como decía, odiaba las presentaciones literarias hasta que los retorcidos designios de los dioses pusieron a Paolo Remorini (y a su encantadora familia, Giorgia y Elia) en mi camino. No sé si Paolo conocía la célebre sentencia de Margaret Atwood -"interesarnos por un escritor porque nos gusta su libro es como interesarnos por los patos porque nos gusta el *foie-gras*"-, en cualquier caso me siento indecentemente afortunado de que me confundiera con un pato: escribió su tesis doctoral sobre un servidor, pergeñó un ebook multimedia con una selección de mis relatos, *Racconti abissali*, en traducción suya, tradujo también mi único libro de poemas y está traduciendo el resto de mi producción cuentística... El escritor que durante mucho tiempo se ha sentido marginal, o directamente invisible, no puede evitar agradecer emocionado la atención que alguien así presta a su trabajo. Dejaré de insinuarlo para afirmarlo rotundamente: por las mañanas me sorprende canturreando para mí mismo porque el cielo es azul y mi querido amigo Paolo está vivo debajo de él, preocupándose por mis textos y por los originales de otros buenos amigos escritores; porque lo hace con una fe inquebrantable en ese feroz pequeño fuego de la

creación del que hablaba Raymond Chandler; porque ha prometido, siguiendo la ley que dictó el poeta argentino Oliverio Girondo (*“un libro debe construirse como un reloj y venderse como un salchichón”*), sacar adelante en estos tiempos ruines -junto con su socio Alejandro- un proyecto editorial notable y valiente. Es exacto que Stendhal hablaba de lo afortunados que eran los escritores en al época de Luis XIV porque no había nadie que los tomara muy en serio, de que el mismísimo Corneille llevaba varios días fallecido antes de que nadie en la corte considerara que fuera un hecho lo bastante importante como para mencionarlo. Pero, dicho sea de paso para motivo de reflexión y general conocimiento, el alma de un escritor -que, como la de todos, es finita- nada anhela más que encontrar un editor de palabra por el que daría las muelas, un editor que estuviera razonablemente bien provisto de esas pequeñas células grises, que no se condujera como un filibustero, que mostrara a la luz el recóndito, el inexpugnable fruto de nuestro talento y lo difundiera como un eco de las montañas suizas. Que no fuera, en definitiva, de esos editores de quienes se sabe que devoran a sus cachorros y realizan sacrificios humanos cuando hay luna llena. Y un editor así excede cualquier expectativa y merece como mínimo una sentida, amplia e idolátrica reverencia.

La idea de esta colección de cerca de noventa relatos breves, instalados como todos los míos en las delgadas fronteras que separan lo real de lo irreal y el sueño de la pesadilla, partió hace veinte años de mis viejos amigos Juan Hódar y José Vicente Pascual que, no sé si en virtud de su admirable visión literaria o de un uso desmedido del narguile, me convencieron para reunir en un solo volumen los tres grupos independientes que ahora lo componen. Es por tanto un libro “con” relatos, o sea un conjunto misceláneo, y al mismo tiempo un libro “de” relatos, potenciado por la suma de sus partes y que posee un sentido unitario, quizá el de reflejar un mundo que yo veía transformado ya en fantasmagoría. Tal vez, como escribió Monterroso, Dios todavía no ha creado el mundo; sólo lo está imaginando. Por eso el mundo

es perfecto pero confuso. Recuerdo que cuando escribí los relatos que luego darían lugar a *Cuentos de otro mundo* -un libro extraño, embrionario, compuesto por ejercicios puros de la imaginación sin trabas, por historias como relámpagos, con la intensidad de su breve, lúdico y concentrado resplandor- quería llevar al lector a lugares que nunca antes había conocido ni imaginado, como si el lector fuera ese sabio del grabado medieval que atraviesa la bóveda celeste para asomarse estremecido a la maquinaria que la mueve. Recuerdo lo mal que me sentía en mi fuero interno por desobedecer sin ninguna piedad al pobre Horacio que, en su *Epístola a los Pisones*, aconsejaba a los poetas moldear sus obras con material conocido. Y es que, cuando uno tiene imaginación, no puede evitar imaginar: se pirra por lo insólito, lo disparatado o lo imposible, por lo poco común, las ideas asombrosas, el extrañamiento, las epifanías siniestras, los misterios y las quimeras, las secretas perspectivas desde las que el mundo se manifiesta distinto, en definitiva por todo lo que le falta a esta vida cotidiana escandalosamente aburrida. Yo al menos no sé de cosa alguna que lo tonifique a uno tanto como hacer posible, en cualquier ámbito, lo imposible. Aunque, si se piensa con frío detenimiento, la literatura fantástica es realista de un modo inequívoco, porque reflexiona sobre el hecho enteramente fantástico de existir.

Pues bien, este libro (al que voces autorizadas han calificado, sin dar la menor señal de escándalo, como obra pionera y cardinal del microrrelato en castellano, escrita mucho antes de que se inventara tal denominación para ese género novedoso) ganó en 1998 el Premio Caja España de Libros de Cuentos, con un jurado presidido por el que luego sería Premio Cervantes Antonio Gamoneda. Más que por el galardón o la deliciosa ciudad de Zamora en la que se celebró su entrega, siempre llevaré conmigo la imagen, la actitud del escritor premiado en el apartado de Teatro, que en la actualidad es uno de los autores más justamente reconocidos de la tabla española: tengo razones sobradas para creer que Napoleón en Santa

Helena no llevaba el ceño fruncido con tanto dramatismo. Aunque lo habían premiado con una cantidad que doblaba la mía, aunque me dirigí a él como una respetuosa oveja tratando de atraer la atención de su pastor, no consintió en responder a mi audaz saludo de “Hola, qué tal”. Mi mujer, que me acompañaba y que es un dechado de penetración psicológica, no tardó en definir a nuestro impertérrito dramaturgo -dicho sea con el mayor de los respetos- como un malafollá, capaz de superar palmariamente a cualquier granaíno de pro. A pesar del revés social sufrido, era imposible descubrir un resquicio en la armadura de acero templado de mi autodominio. Y, por supuesto, no puede uno indignarse ni ser brusco con alguien que te da así con la puerta en las narices si te ha enseñado, gratis, una valiosísima lección: un escritor de verdad debe ostentar, cueste lo que cueste, una cantidad generosa de arrogancia, como demostrando que se es la única cebolla del guiso. Por no hablar de que las hogueras de ambición que despedían sus ojos oscuros hubieran servido de puesto de guardia en el Infierno...

Esperando que disculpéis esta digresión de la radio del diablo, consecuencia del desarreglo nervioso que me produjo aquel intrigante encuentro, retomo el hilo del libro con la idea de que *Cuentos de otro mundo* podría ser considerado lícitamente como un sustancioso muestrario de botellitas que os ofrece un comerciante de vino para excitar vuestro paladar. Hay en el volumen que por fin se presenta íntegro -bien revisados y embotellados, con el sabio precinto escrito por el amigo Miguel Ángel Muñoz y la maravillosa etiqueta dibujada por el amigo argentino Santiago Caruso- una representación suficiente, un sabroso anticipo de las añadas que vendrían después. Creo que que estas ficciones radicales, excéntricas, corrosivas, estas invenciones en pocas líneas de mundos al revés, diversos e inquietantes, complacerán al aficionado que ya conoce el sabor olgosiano (dicho sea con la modestia que debería caracterizarme y que hoy está de vacaciones), al que le falta esta botella en su

colección, o para iniciar a los lectores que aún no han probado estos peculiares caldos. Creo que la reedición de este libro ya inencontrable prueba aquello de *verba volant, scripta manent* (las palabras vuelan, los escritos permanecen). Prueba que durante cerca de cuarenta años he sido fiel a la enseñanza que Borges transmitió a Fernando Quiñones: hallar asombro allí donde otros encuentran solamente costumbre. Y prueba además que, tras conocer a Paolo Remorini, me siento como un cordero perdido que por fin divisa a su madre, con alborozo, al otro extremo del prado.

No quiero acabar sin una petición algo extravagante a la que siempre he sido reacio: Los pastores de Virgilio y de Teócrito, en premio a sus cantos, se conformaban con un buen queso, una flauta o una cabra de ubres hinchadas; pero yo, sinceramente, preferiría que comprarais el libro, porque seguro que aquellos benditos pastores de la antigüedad no tenían que pagar la hipoteca o la condenada factura de la electricidad. Y para Paolo, todo lo que quiera, hasta la mitad del reino, a condición de que siga publicando libros hermosos, singulares y necesarios.